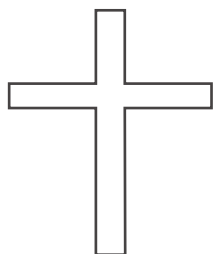




IGLESIA CATÓLICA
exequias sin misa



IGLESIA CATÓLICA

exequias sin misa



Esquema de la celebración

1. Introducción a la celebración

- 1.1. Saludo inicial
- 1.2. Palabras de introducción
- 1.3. Encendido del cirio pascual
- 1.4. Oración colecta

2. Liturgia de la Palabra

- 2.1. Introducción a las lecturas de la Palabra de Dios
- 2.2. Primera lectura
- 2.3. Salmo responsorial
- 2.4. Evangelio
- 2.5. Homilía
- 2.6. Oración de los fieles
- 2.7. Padrenuestro

3. Última recomendación y despedida del difunto

- 3.1. Invitación a la oración
- 3.2. Aspersión
- 3.3. Canto de despedida del difunto
- 3.4. Palabras de alguno de los familiares o amigos
- 3.5. Oración final

4. Rito conclusivo

- 4.1. Antífona
- 4.2. Invocaciones
- 4.3. Despedida

Téngase en cuenta que en el presente rito los textos están todos en masculino. Cuando corresponda, habrá que pasarlos al femenino.

Creencias básicas sobre muerte y más allá

Las afirmaciones bíblicas sobre el más allá y sobre el futuro del ser humano son múltiples, pero necesitan de una hermenéutica correcta -que aquí no es posible explicitar- para evitar interpretar tales afirmaciones como descripciones anticipadoras de un futuro todavía ausente. El Antiguo Testamento madura progresivamente la fe en la resurrección de los muertos. Será sobre todo durante la época de los Macabeos (siglo II aC), cuando se consolide la idea de una retribución después de la muerte para quienes hubieren dado la vida por defender las leyes de Dios y por defender al pueblo judío del peligro de una helenización de Judea. No se tenía una idea muy precisa de resurrección; se afirmaba simplemente que, quienes sean fieles a Dios, cuando Dios se ponga definitivamente a regir los destinos del mundo, serán resucitados. Pero cuando se trataba de explicar la forma en que resucitarían los muertos, las opiniones se diversificaban. Los modelos con los que se pensaba la resurrección eran fundamentalmente tres: los cuerpos resucitan; los muertos son raptados en el cielo; las almas de los difuntos se encuentran en la bienaventuranza. En el fondo, el elemento sustancial de fe era éste: Dios no puede olvidarse de los que le han sido fieles en el combate, los mártires. A continuación, la idea se extendió a todos los que han sido fieles a Dios en las pruebas de la vida. Dios, que es Señor y que da la vida, no abandona a sus fieles a la muerte, los resucita, los despierta, los vuelve a levantar (es el modelo de la resurrección), los hace venir hacia sí mismo (es el modelo del rapto), los llena de todo conocimiento y alegría (es el modelo del alma bienaventurada).

El cristianismo privilegiará el primer modelo, el de la resurrección de los muertos. Pero la novedad del cristianismo es otra. Mientras el judaísmo, cuando habla de resurrección, de rapto y de bienaventuranza del alma, espera que todo eso suceda cuando Dios cierre la escena de la historia, los cristianos afirman que, en Jesús, ya se ha producido la anticipación de la suerte gloriosa. Aquel Jesús que ha sido crucificado, Dios ya lo ha resucitado y se lo ha llevado con él al cielo, haciéndolo sentarse a su derecha (cf. Hch 2,14-36). Los dos modelos de resurrección y rapto se han fundido en el modelo típicamente cristiano de resurrección y exaltación. Dios ya ha despertado a Jesús, que recibe no sólo el don de la nueva vida, sino que también recibe la soberanía universal; no sólo ha sido llevado al cielo, sino también exaltado. Y se acuña una nueva expresión, que no existía en la cultura hebrea: todavía no se ha producido la resurrección de los muertos, pero Jesús ya ha sido resucitado de entre los muertos, «como primicia de todos los que han muerto» (1 Co 15,20).

Si la primera novedad del cristianismo, con respecto al judaísmo, es que Jesús anticipó la gloria futura, a ello sigue que la resurrección de Jesús de entre los muertos hace también real la anticipación de la resurrección de los que han sido unidos a Cristo. Es decir, la suerte de todos los discípulos de Jesús está determinada cristológicamente. Los que, por medio del bautismo y de la fe son de Cristo, participarán también de la plenitud de Cristo, en el sentido de que serán para siempre suyos, nadie les podrá arrancar nunca más de sus manos (cf. Rom 6,1 -11; Col 2,12-14; Ef 2,4-6). Ellos participan de todo lo que Cristo ha recibido de Dios. La resurrección y la gloria pasan a los cristianos en cierto sentido, pero no por una acción directa de Dios sobre ellos, sino más bien a través y gracias a su unión con Cristo. El discurso sobre la resurrección de los cristianos es, sobre todo, un *logos* sobre Cristo. Esta es la teología del Nuevo Testamento sobre la suerte de los cristianos, es la extensión a los creyentes del mismo destino de Cristo, debido a la unión que la conversión cristiana, junto con los sacramentos de la fe (en primer lugar, bautismo y eucaristía), ha constituido entre Cristo y los cristianos. El discurso cristiano sobre las realidades últimas no es tanto un discurso sobre el más allá, sino más bien llevar a las últimas consecuencias el hecho de que nuestra unión con Cristo es una unión real, indisoluble, y, por tanto, indestructible, que ni la muerte puede romper. No es simplemente una unión moral basada en nuestra buena voluntad de estar unidos, sino que es una unión sacramental basada en su voluntad salvífica -libremente acogida por los discípulos- la cual es irrevocable e infaliblemente eficaz. He aquí la cuestión: ¿la inmortalidad es un don de gracia que vale sólo para los discípulos de Cristo, o hace referencia a la esencia del ser humano como tal? La respuesta es que Dios quiere salvar a todos en Cristo. Y por tanto, cada ser humano, como interlocutor de Dios,

y por ello, abierto a la trascendencia, seguramente no interfiere en el ofrecimiento salvífico de Cristo, el cual, una vez elevado sobre el árbol de la cruz, atrae a todos hacia él (cf. Jn 12,32).

El contenido esencial del anuncio bíblico de la resurrección no es tanto la idea de una restitución de los cuerpos a las almas, según una visión dualística de la persona, del todo ajena al mundo y al lenguaje bíblico; sino más bien la idea de que lo esencial del ser humano permanece. La cuestión del cómo de la resurrección ya había sido planteada a San Pablo por los cristianos de Corinto: «Y como resucitan los muertos? ¿Qué tipo de cuerpo tienen?». La respuesta de Pablo es lapidaria: «Necio!» (Cf. 1 Co 15,35-36).

En pocas palabras, Pablo no enseña la resurrección de los cuerpos, sino la resurrección de las personas. Pero esta resurrección no se realiza con el retorno del «cuerpo carnal», es decir, de la estructura biológica, que Pablo considera ciertamente imposible: «un cuerpo corruptible no puede heredar la vida incorruptible» (1 Co 15,50), sino en la diversidad de la vida de la resurrección, así como se nos ha presentado ejemplarmente a nosotros en el Señor resucitado¹.

Esto no significa caer en una especie de espiritualización de la resurrección, en la medida en que la resurrección también implica la materia y también interesa al cosmos entero. El problema consiste en comprender en profundidad la peculiaridad de la persona humana, según la cual el cuerpo humano, más allá de cómo se le aparece al biólogo, al fisiólogo o al químico, es entendido teológicamente como el equipamiento necesario para estar en relación con el mundo, con los demás y con Dios. En su respuesta a los Corintios, el mismo Pablo argumenta que, tal como existen cuerpos que permanecen idénticos en su ser profundo, aunque sean muy diversos en su manifestación exterior, así será nuestra resurrección. La resurrección es un misterio de identidad en su núcleo esencial, también en su más completa diversificación exterior, así como ocurre, análogamente, en la relación entre la semilla y la planta. Como resucitados, todavía seremos nosotros mismos (la semilla), pero también seremos el desarrollo (la planta).

En el fondo, la respuesta más convincente sobre la realidad de la vida nueva de la resurrección viene dada precisamente por el Cristo resucitado. Los relatos de apariciones del Señor resucitado, en su riqueza y también en su complejidad interpretativa, nos permiten decir que, por un lado, el Cristo resucitado no es simplemente uno que ha regresado a la vida biológica de antes (como en cambio, le sucedió a Lázaro y los otros muertos resucitados por Cristo), y por otro lado, que Jesús resucitado no es tampoco un fantasma, un puro espíritu. En cambio, Jesús resucitado se deja tocar por Tomás y come con los discípulos. Como muy bien dice Benedicto XVI en la segunda parte de su libro sobre Jesús de Nazaret:

“Él [Jesús resucitado] es plenamente corpóreo. Y sin embargo no está ligado a las leyes de la corporeidad, a las leyes de espacio y tiempo. En esta sorprendente dialéctica entre identidad y alteridad, entre verdadera corporeidad y libertad de las ataduras del cuerpo, se manifiesta la esencia peculiar, misteriosa de la nueva existencia del Resucitado. Valen, efectivamente, las dos cosas. Él es el mismo -un Hombre de carne y hueso- y él también es el Nuevo, El que ha entrado en un tipo de existencia diferente”².

Un último aspecto hace referencia a la temática del juicio de Dios al final de nuestra vida personal y en el fin de la historia humana y cósmica. El juicio de Dios viene interpretado diversamente, oscilando entre dos tesis radicales que se oponen dialécticamente y que ambas se podrían remontar hasta el Nuevo Testamento. Por un lado, el juicio se hace coincidir con la gracia sobreabundante de Dios, hasta el punto de hacer irrelevante el comportamiento ético del ser humano, que de todos modos sería «sanado» por esta gracia, prescindiendo de su libertad y de su responsabilidad. Esta posición no sólo hace irresponsable al ser humano, sino que también hace sombra sobre Dios mismo, incluso hace de él una caricatura, que pondría sobre el mismo plano el que hace el bien y el que hace el mal: los verdugos -salvo en caso de arrepentimiento- no pueden ser tratados, al fin, al igual que las víctimas. Esto no haría justicia al juicio de Dios, que, según el texto de Mt 25,31-46, separa

1 RATZINGER, Introducción al cristianismo, p. 296

2 J. RATZINGER - BENET XVI, Jesús de Natzalet. Segona part. De l'entrada a Jerusalem a la Resurrecció, Barcelona: Claret 2011, p. 226



los bendecidos, es decir, los que han obrado el bien, de los malditos, es decir, los que han hecho el mal. Por otra parte, se insiste de tal modo en el hecho de que los humanos serán juzgados en base a sus obras, que se podría llegar a vaciar totalmente la «teología de la gracia», poniendo en primer lugar, erróneamente, una «teología del mérito». Esto induce a un moralismo que no es más que una especie de auto-redención, que hace irrelevante el sacrificio redentor de Cristo. Por un lado está el amor infinito de Dios, su gracia, que nunca abandona a la persona pecadora; y por otro, está la libertad del ser humano, que de ninguna manera puede ser eliminada por la gracia de Dios, tal como sugiere un célebre texto de San Agustín: “Dios, que te ha creado sin ti no puede salvarte sin ti »(Sermón CLXIX, 13). Si es verdad que la gracia de Dios y la libertad del ser humano no pueden tener ciertamente el mismo peso, ya que Dios es infinitamente más grande que el ser humano - «donde abundó el pecado, sobreabundó la gracia» (Rm 5, 20; véase también 1 Jn 3,20) -, también es verdad que los datos del Nuevo Testamento nos presentan la vida humana como algo muy serio, de donde no se excluye la posibilidad de un no a Dios, y por tanto, de una perdición total (véase, por ejemplo, la parábola del rico y del pobre Lázaro en Lc 16,19-31). A comprender este tipo de paradoja, nos ayuda un texto de Benedicto XVI, que encontramos en la encíclica *Spe salvi*:

“El juicio de Dios es esperanza, tanto porque es justicia, como porque es gracia. Si fuera sólo gracia, que hace irrelevante todo lo que es terrenal, Dios seguiría debiéndonos la respuesta a la pregunta sobre la justicia, una pregunta decisiva para nosotros ante la historia y ante Dios mismo. Si fuera pura justicia, podría ser al final sólo un motivo de temor para todos nosotros. La encarnación de Dios en Cristo ha unido de tal modo el uno con la otra -juicio y gracia-, que la justicia se establece con firmeza: todos nosotros esperamos nuestra salvación «con temor y reverencia» (Flp 2,12) . Sin embargo, la gracia nos permite a todos esperar y encaminarnos llenos de confianza hacia el encuentro con el Juez, que conocemos como nuestro «abogado», *parakletos* (núm. 47).

El juicio final de Dios coincide con el regreso del Señor. Dios ha confiado el oficio de Juez al que es también nuestro hermano:

No nos juzgará un extraño, sino más bien el que ya conocemos por la fe. Por tanto, el juez que vendrá a encontrarnos no será como una persona desconocida y forastera, sino como uno de los nuestros, uno que conoce a fondo la naturaleza humana, porque la ha llevado sobre sus hombros³.

³ RATZINGER, Introducción al cristianismo, p. 271.

Introducción y desarrollo de la celebración

El inicio del ritual de exequias, sea éste con eucaristía o sin ella, siempre va a cargo del celebrante.

1. Introducción a la celebración

1.1. Saludo inicial

"En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo. Amén."

"Creo que mi Redentor vive, y que al final de los tiempos he de resucitar del polvo, y en esta carne mía contemplaré a Dios, mi Salvador. Lo veré yo mismo, mis propios ojos lo contemplarán. Y en esta carne mía contemplaré a Dios, mi Salvador". "Hermanos, que la paz de Jesucristo esté hoy muy especialmente con todos vosotros."

"Hermanas y hermanos, el amor y la paz de Jesucristo esté hoy, más que nunca, con todos vosotros."

"Hermanos, la paz de nuestro Señor Jesucristo y el amor de Dios, nuestro Padre, estén con todos vosotros."

1.2. Palabras de introducción

"Nos hemos reunido en esta iglesia para despedir a este hermano nuestro. Juntos rezaremos por él, y pediremos a Dios nuestro Padre que lo admita para siempre en su reino eterno, en el lugar de la luz y de la paz. Al mismo tiempo, fortaleceremos en nosotros la fe y la esperanza en la vida plena que Dios ofrece a todos sus hijos, después de nuestro paso por este mundo."

"El motivo de nuestro encuentro es hoy compartir el dolor por la muerte de nuestro familiar, de nuestro amigo N. Le queríamos, y ahora sentimos la tristeza de decirle adiós."

"Que esta celebración nos una, nos consuele y nos llene de confianza. Porque nosotros creemos que Dios, nuestro Padre, nos ama y no quiere que ninguno de sus hijos se pierda; nos quiere a todos en su Reino de amor y de vida."

"Por eso, porque compartimos esta esperanza, hoy rezaremos juntos por este hermano que nos ha dejado. Para que Dios lo tenga junto a él para siempre; y para que a nosotros nos conceda su paz."

1.3. Encendido del cirio pascual

Ahora el celebrante puede encender el cirio pascual. Antes o después de encenderlo, dice estas palabras u otras semejantes:

"Que la luz de Jesucristo resucitado ilumine en nosotros la esperanza de la resurrección."

1.4. Oración colecta

"Oremos (pausa). Escucha en tu bondad, Señor, nuestras súplicas ahora que imploramos tu misericordia por tu hijo N. a quien has llamado de este mundo. Llévalo junto a ti, al lugar de la luz y de la paz, para que viva en el gozo de tu amor, en la asamblea de tus santos. Por Jesucristo, nuestro Señor."

2. Liturgia de la Palabra

Después de los ritos iniciales, tiene lugar la Liturgia de la Palabra. Puede leerse una sola lectura o más de una. Mientras se lee la lectura o lecturas la asamblea permanece sentada, incluso cuando se lee un texto del evangelio (no obstante, si se quiere, también puede invitarse a la asamblea a escuchar el evangelio de pie). De hacerse más de una lectura, puede recitarse o cantarse entre las lecturas un salmo responsorial, alternando con el canto de una antifona adecuada y sencilla por parte de la asamblea. Aquí ofrecemos una posible selección de lecturas. También se pueden utilizar las que proponemos para las exequias con misa. Y, naturalmente, todas las que se encuentran en el Ritual de Difuntos o en el Leccionario.



Después de las lecturas se pronuncia una breve homilía. Y después, la Oración de los fieles, que no termina con una oración conclusiva, sino con el Padrenuestro.

2.1. Introducción a las lecturas de la Palabra de Dios

Es conveniente decir unas palabras de introducción, como las que aquí proponemos, invitando a la asamblea a escuchar la lectura o lecturas.

"Escuchemos ahora la Palabra de Dios, que ayudará a reforzar nuestra esperanza. Dios nos promete que acogerá a todos sus hijos e hijas. Dios promete su vida a todos. Escuchemos, pues, atentamente y mantengamos viva la confianza."

2.2. Primera lectura (1Te 4, 13 14. 17b 18)

Lectura de la primera carta del apóstol san Pablo a los Tesalonicenses.

"Hermanos, no queremos que ignoréis la suerte de los difuntos, para que no os aflijáis como los hombres sin esperanza. Pues si creemos que Jesús ha muerto y resucitado, del mismo modo, a los que han muerto, Dios, por medio de Jesús, los llevará con él. Y así estaremos siempre con el Señor. Consolaos, pues, mutuamente con estas palabras. Palabra de Dios."

2.3. Salmo responsorial (Salmo 22)

"R. El Señor es mi pastor, nada me falta.

El Señor es mi pastor, nada me falta: en verdes praderas me hace recostar; me conduce hacia fuentes tranquilas y repara mis fuerzas; me guía por el sendero justo, por el honor de su nombre. R.

Aunque camine por cañadas oscuras, nada temo, porque tu vas conmigo: tu vara y tu cayado me sosiegan. R.

Preparas una mesa ante mí, enfrente de mis enemigos; me unges la cabeza con perfume, y mi copa rebosa. R.

Tu bondad y tu misericordia me acompañan todos los días de mi vida, y habitaré en la casa del Señor por años sin termino. R."

2.4. Evangelio (Jn 14,1-6)

Lectura del santo evangelio según san Juan.

"En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: «Que no tiemble vuestro corazón; creed en Dios y creed también en mí. En la casa de mi Padre hay muchas estancias; si no fuera así, ¿os habría dicho que voy a prepararos sitio? Cuando vaya y os prepare sitio, volveré y os llevaré conmigo, para que donde estoy yo, estéis también vosotros. Y adonde yo voy, ya sabéis el camino». Tomás le dice: «Señor, no sabemos adónde vas, ¿cómo podemos saber el camino?». Jesús le responde: «Yo soy el camino, y la verdad, y la vida. Nadie va al Padre, sino por mí.»

Palabra del Señor."

2.5. Homilía

La homilía, en el ritual de exequias, consiste en unas palabras de consuelo a los familiares y amigos, normalmente relacionadas con las lecturas que se han leído.



2.6 Oración de los fieles

De las intenciones de oración que aquí se ofrecen, pueden decirse todas o bien seleccionar las que parezcan más adecuadas.

"Ahora, juntos, oremos confiadamente a Dios, nuestro Padre, por nuestro hermano N. Respondamos a cada petición diciendo: Escúchanos, Padre.

1. *Para que Dios acoja a su hijo N. y lo llene del gozo y de la vida para siempre. Oremos al Señor:*
2. *Para que acepte todo el bien que hiciera en este mundo, y le perdone todo pecado. Oremos al Señor:*
3. *Para que quiera consolar a sus familiares y amigos que lo echan en falta. Oremos al Señor:*
4. *Para que reciba también en la felicidad de su Reino a todos los que han muerto, en la fiesta eterna de la paz. Oremos al Señor:*
5. *Para que dé fortaleza y esperanza a todos los que sufren. Oremos al Señor:*
6. *Para que llene a todos los hombres de sincero deseo de construir un mundo más fraterno y justo. Oremos al Señor:*
7. *Para que haga de su Iglesia un signo de vida y de amor. Oremos al Señor:*
8. *Para que a cuantos estamos aquí nos haga crecer en fidelidad al Evangelio que Jesús nos enseñó. Oremos al Señor:"*

2.7. Padrenuestro

*"Como Jesús nos enseñó, digamos ahora la oración de los hijos de Dios, el Padrenuestro:
Padre nuestro que estás en el cielo,
santificado sea tu Nombre,
venga a nosotros tu Reino,
hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo.
Danos hoy nuestro pan de cada día,
perdona nuestras ofensas
como también nosotros perdonamos
a los que nos ofenden;
no nos dejes caer en la tentación,
y líbranos del mal."*

3. Última recomendación y despedida del difunto

Las exequias acaban con la última recomendación y la despedida del difunto. La asamblea, unida en la fe y la esperanza, dice su adiós al hermano que ha partido de este mundo y lo encomienda a la misericordia de Dios.

El rito de la última recomendación y despedida consta de las siguientes partes:

- » Invitación a la oración
- » Aspersión del cadáver, como recuerdo del bautismo (también puede hacerse durante el canto).
- » Canto de despedida del difunto o, si no se puede cantar, rezo del responsorio, o unos momentos de silencio.
- » Si se desea, palabras de agradecimiento de alguno de los familiares o amigos.
- » Oración final.

Después de la oración final, viene ya la conclusión del rito, como se indica más abajo.



3.1. Invitación a la oración

Según la costumbre cristiana daremos sepultura al cuerpo de nuestro hermano. Oremos con fe a Dios para quien toda criatura vive. Este cuerpo que enterramos ahora en debilidad pidamos que Dios lo resucite en fortaleza, y lo agregue a la asamblea de sus elegidos. Que el Señor sea misericordioso con nuestro hermano, para que, libre de la muerte, absuelto de sus culpas, reconciliado con el Padre y llevado sobre los hombros del buen Pastor, merezca gozar de la perenne alegría de los santos en el séquito del Rey eterno.

3.2. Aspersión

Por el bautismo, nuestro hermano nació a la vida cristiana. Ahora, al despedir sus restos mortales, lo aspergeremos con el agua que recuerda su bautismo. El agua del bautismo es hoy, para nuestro hermano, una promesa de vida eterna. (Y por eso también, durante la aspersión del agua, le despediremos con un canto de fe y de esperanza).

3.3. Canto de despedida del difunto

La asamblea despide, cantando esperanzada, al hermano difunto. De no poderse cantar, se puede recitar el responsorio. Si no, se guardan unos momentos de silencio y oración.

*"Venid en su ayuda, santos de Dios;
salid a su encuentro, ángeles del Señor.
- Recibid su alma y presentadla ante el Altísimo.
Cristo, que te llamó, te reciba,
y los ángeles te conduzcan al regazo de Abrahán.
- Recibid su alma y presentadla ante el Altísimo.
Dale, Señor, el descanso eterno,
y brille para él la luz perpetua.
- Recibid su alma y presentadla ante el Altísimo."*

3.4. Palabras de alguno de los familiares o amigos

En este momento, alguno de los familiares o amigos puede decir unas palabras de agradecimiento a los presentes por su participación en las exequias, y también recordar algunos rasgos de la personalidad del difunto. También el propio celebrante puede dar públicamente el pésame a la familia y, si corresponde, anunciar el día y hora de la misa exequial. Estas intervenciones deberían ser breves y la asamblea debería escucharlas de pie; pero si no lo van a ser, será mejor invitar a todos a sentarse y, una vez terminadas, invitar a levantarse para la oración final.

3.5. Oración final

*"A tus manos, Padre de bondad, encomendamos el alma de nuestro hermano con la firme esperanza de que resucitará en el último día con todos los que han muerto en Cristo.
Te damos gracias por todos los dones con que lo enriqueciste a lo largo de su vida; en ellos reconocemos un signo de tu amor y de la comunión de los santos.
Dios de misericordia, acoge las oraciones que te presentamos por este hermano nuestro que acaba de dejarnos y ábrele las puertas de tu mansión. Y a sus familiares y amigos, y a todos nosotros, los que hemos quedado en este mundo, concédenos saber consolarnos con palabras de fe, hasta que también nos llegue el momento de volver a reunirnos con él, junto a ti, en el gozo de tu reino eterno. Por Jesucristo, nuestro Señor."*

"Te encomendamos, Señor, a nuestro hermano, a quien rodeaste en esta vida con tu amor infinito. Concédele ahora, libre de todos los males, participar en el descanso eterno; y a todos los suyos, dales fortaleza en la tribulación. Por Jesucristo, nuestro Señor."



4. Rito conclusivo

El rito conclusivo se desarrolla de la siguiente manera:

- » El celebrante puede decir, desde el presbiterio, una de las dos antífonas que se indican (o las dos como si fuesen una sola).
- » Luego dice las tres invocaciones. Mientras dice la primera ("Señor, dale el descanso...), hace la señal de la cruz sobre el féretro.
- » Luego, omitida la bendición, despide a la asamblea con las palabras habituales, "Podéis ir en paz".
- » Finalmente, el celebrante puede dar el pésame a los familiares más cercanos y a continuación se conduce el cadáver hacia la puerta de la iglesia, seguido de los familiares y el resto de la asamblea.

4.1. Antífona

"Al paraíso te lleven los ángeles, a tu llegada te reciban los mártires y te introduzcan en la ciudad santa de Jerusalén."

"El coro de los ángeles te reciba, y junto con Lázaro, pobre en esta vida, tengas descanso eterno."

4.2. Invocaciones

"- Señor, + dale el descanso eterno.

R/ Y brille sobre él la luz eterna.

- Descanse en paz.

R/ Amén.

*- Su alma y las almas de todos los fieles difuntos,
por la misericordia de Dios, descansen en paz.*

R/ Amén."

4.3. Despedida

"Podéis ir en paz.

R/ Demos gracias a Dios."

Objetos de celebración y significado

Los objetos que acompañan la ceremonia son el cirio pascual, el agua para la aspersion y, en algunas ocasiones, el incienso.

Acompañamiento musical de la ceremonia

En las exequias católicas el criterio para los cantos es el mismo que para el resto de celebraciones litúrgicas, tanto por lo que respecta a los cantos como por lo que respecta a los instrumentos musicales. En el caso de las exequias con misa, se usan algunos cantos propios de la misa: Sanctus, Canto de comunión, Cordero de Dios, etc.



Vocabulario básico

Cirio Pascual

En la solemne vigilia de la celebración Pascual, se enciende el cirio pascual, símbolo de Jesucristo resucitado que con su luz, quiere iluminar las tinieblas de la humanidad. De la luz de este cirio, los cristianos que participan en la celebración pascual, encienden sus velas como signo de su deseo de querer acoger y ser portadores de la luz y vida nueva que les ofrece Jesús Resucitado. Este cirio, colocado en un lugar destacado de la iglesia, preside todas las celebraciones del tiempo de Pascua así como también los ritos bautismales y exequias funerarias que en ella se celebren, como signo de que el cristiano tiene en Jesucristo el alfa y el omega de su vida.

El Paraíso o Cielo

El cielo es, para los cristianos, la consumación perfecta del hombre en el misterio personal de Jesús, el éxito perfecto de su mediación y nuestra propia entrada en la vida que el Hijo tuvo "desde antes de la creación del mundo" (Jn 17, 24b). Desde la perspectiva dogmática, el cielo se concibe como la visión cara a cara de Dios. Jesús dice que convertidos en "hijos de la resurrección" (Lc. 20,16) veremos, como ángeles "la faz del Padre" (Mt.18,10). El cielo designa, también la participación de la condición del Hijo en su gloria: "Padre, quiero que donde voy a estar estén también conmigo los que me has dado y así contemplen mi gloria" (Jn 17, 24ª). Viviendo desde el "ahora" tal esperanza, los cristianos no conciben el cielo como algo diametralmente opuesto a la "tierra", sino que lo consideran más bien como el término de una maduración y de un alumbramiento, real para todos, no es separable en ningún momento del hecho de que poseen ya las primicias del Espíritu" (Rom 8,23).

En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo (Doctrina de la Trinidad)

Fórmula con la que los cristianos inician todas sus celebraciones y plegarias. Se refiere a la creencia fundamental del cristianismo tal como se contiene en el Credo de los Apóstoles y profesiones de fe. Expresa la fe de los cristianos en un solo Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo. Fieles a la revelación del Nuevo Testamento, los cristianos y la experiencia posterior de la Iglesia formularon la doctrina de la Trinidad: "Un solo Dios en tres personas distintas en una única sustancia" (Concilio de Nicea, 325, y de Constantinopla, 381). La explicación y la inteligencia del misterio trinitario no es idéntica entre la Iglesia de Oriente y la de Occidente. La teología cristiana afirma que la Trinidad es un misterio que no se capta con la razón y que sólo se descubre por la fe en la revelación hecha por Jesucristo.

Padrenuestro

Oración enseñada por Jesús de Nazaret a sus discípulos. Recibe su nombre de las dos primeras palabras: Padre nuestro... Aparece en Mt 6, 9-13, formando parte del Sermón de la Montaña (síntesis del mensaje evangélico como programa de vida cristiana), y en Lc 11, 2-4. El Padrenuestro enseña las nuevas relaciones del hombre con Dios, distintas a las del Antiguo Testamento y a las de otras religiones: Dios, ante todo, es Padre de todos. Es una oración construida sobre el diálogo tu-nosotros. Las peticiones con la fórmula tú acentúan la glorificación de Dios y la venida de su Reino. Las peticiones con el nosotros aluden a todo lo que el hombre desea y necesita para vivir en comunidad: el pan de cada día, verse libre del mal y estar en armonía con sus semejantes. El padrenuestro es la oración universal de todos los cristianos, profesión de fe y confianza en el Padre común.

Pascua

La Pascua, fiesta común a judíos y cristianos, es la fiesta principal en ambas religiones. Si la Pascua judía conmemora y celebra uno de los episodios fundamentales de la fe de Israel: la salida de los hebreos de Egipto y el paso de la esclavitud a la liberación (Ex 14, 1-21); la Pascua cristiana surge del marco fundamental judío (Mc 14, 12-24): según los evangelios, Jesús, en la última Pascua judía celebrada con sus discípulos antes de su muerte, instituyó el memorial de su Pasión: la Última Cena. Desde las primeras comunidades (s.I) los cristianos se reúnen para realizar este memorial de Jesús, es decir, actualizan su muerte y resurrección, causa de la redención de la humanidad. La fiesta de Pascua es la más importante del cristianismo y ocupa el lugar central de la liturgia cristiana. Celebra el triunfo de Cristo sobre la muerte y su tránsito a una nueva existencia, la liberación del pecado y la inserción en Cristo de todos los por Él redimidos. La Pascua cristiana no es sólo una celebración anual (el día de Pascua) o semanal (el domingo), sino una dimensión de la vida cristiana inaugurada por el bautismo, mediante el cual la persona queda unida al destino salvífico de Cristo para formar parte del pueblo nuevo que camina hacia la Pascua definitiva.

Resurrección

La resurrección de Jesús y la fe en ella constituyen la base de la fe cristiana y su núcleo unificador: el que murió en la cruz, es vivo, ha resucitado. Éste es el eje entorno al cual gira todo el cristianismo. La creencia en la victoria definitiva de Jesús frente a la muerte se convierte en la garantía de vida de todos los hombres, es la verdad culminante de la fe en Jesucristo, verdad creída i vivida por los cristianos como la verdad central de su fe, transmitida como fundamental por la Tradición y consignada por el Nuevo Testamento. Cristo, muerto y resucitado, da sentido a los acontecimientos humanos y garantiza la victoria de Dios sobre el mal histórico. La creencia en la resurrección se traduce en una esperanza de plenitud total ante la muerte, puesto que frente a la aniquilación que supone la destrucción de la vida corporal, Dios otorgará al ser humano, desde una gratuidad absoluta y para siempre, lo totalmente nuevo.

Esta ficha forma parte del manual *Duellum: no tan solos. Guía sobre celebraciones funerarias de creencias y convicciones*. Para más información, puede consultar el manual en:

Direcció General d'Afers Religiosos: www.gencat.cat/afersreligiosos

Memora: www.memora.es/

Asociación UNESCO para el Diálogo Interreligioso: www.audir.org